

ANIMACIÓN BÍBLICA DE LA PASTORAL

Arquidiócesis de Yucatán

EVANGELIO DEL DÍA

LUNES XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

7 de septiembre de 2020



SAN LUCAS: 6, 6-11

⁶Un sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía la mano derecha paralizada. ⁷Los escribas y fariseos estaban acechando a Jesús para ver si curaba en sábado y tener así de qué acusarlo.

⁸Pero Jesús, conociendo sus intenciones, le dijo al hombre de la mano paralizada: “Levántate y ponte ahí en medio”. El hombre se levantó y se puso en medio. ⁹Entonces Jesús les dijo: “Les voy a hacer una pregunta: ¿Qué es lo que está permitido hacer en sábado: el bien o el mal, salvar una vida o acabar con ella?” ¹⁰Y después de recorrer con la vista a todos los presentes, le dijo al hombre: “Extiende la mano”. El la extendió y quedó curado.

¹¹Los escribas y fariseos se pusieron furiosos y discutían entre sí lo que le iban a hacer a Jesús.

PAUTAS PARA TU REFLEXIÓN

I. ¿QUÉ DICE EL TEXTO?

Jesús inicia su predicación en Galilea presentándose como el Ungido por el Espíritu del Señor en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14-30). Suscita la admiración de sus oyentes, pero también el rechazo de parte de los que creían conocer su origen y de los que se sentían conocedores de la Ley, especialmente los dirigentes de Israel. El episodio de la curación en sábado de un hombre con la mano paralizada es una muestra del conflicto que enfrenta con este sector del judaísmo (Lc 6, 6-11).

El relato comienza ubicando el evento en el tiempo y el espacio. Da la impresión de que pretende subrayar la gravedad del caso: era sábado, el día dedicado al Señor, y se encontraban en la sinagoga, el lugar de la oración en donde el pueblo se reunía para dar cumplimiento al precepto sabático (v. 6). Aquí no se menciona en qué población estaba, pero el contexto lo sitúa en Galilea. Los escribas y fariseos lo espían en silencio para tener de qué acusarlo ante la autoridad religiosa (v. 7). Pero Jesús se adelanta a desafiarlos, y lo hace de manera magistral (vv. 8-11).

El reposo del sábado estaba regulado de una manera muy estricta, incluyendo los servicios rituales (Núm 28, 9ss; Lv 24, 8). Fuera de Jerusalén, lugar donde estaba el único templo, adquiere especial relevancia la asamblea de la sinagoga, donde los israelitas piadosos se reunían para la oración común y la lectura comentada de la Sagrada Escritura. Esa era la actividad propia del sábado. Los rabinos enseñaban que en este día se podía hacer solamente lo que fuera necesario para salvar a

una persona que estuviera en peligro de muerte. La parálisis de un brazo no implicaba un riesgo de este tipo. El hecho de que Jesús se interese por restablecer la mano derecha (normalmente la más necesaria para el trabajo) de este hombre, muestra que para él todas las situaciones en las que las personas se ven limitadas son importantes. La curación, sin embargo, dará ocasión para una enseñanza importante: en sábado se puede hacer todo lo que sea para bien de la persona. Dejar de hacer el bien, aunque sea por respetar el sábado, es lo mismo que hacer el mal (Lc 13, 10-17).

Jesús lleva la cuestión del sábado al terreno del bien y del mal, de la vida y la muerte, como lo había hecho Moisés (Dt 30, 15.19). Con sus palabras y sus acciones desafía a los rígidos intérpretes de la Ley, y estos reaccionan con furia. De la crítica pasan a la deliberación sobre la manera de deshacerse del profeta.



II. ¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?

1. ¿Qué me enseña este modo de actuar de Jesús, abierto y desafiante en la defensa de la vida?

2. ¿Existe en nuestra sociedad alguna situación que me exija un posicionamiento firme en favor de la vida?

3. ¿Alguna vez he tomado la iniciativa de hacer algo en favor de la vida sin que me lo pidan?

4. ¿Me siento seguro en mi fe cristiana cuando alguien me interroga sobre el cumplimiento del sábado, según el Antiguo Testamento?

III. ¿QUÉ ME HACE DECIR A DIOS EL TEXTO?

Señor Jesús, que con fidelidad visitas y colmas con tu Presencia la Iglesia y la historia de los hombres; que en el admirable Sacramento de tu Cuerpo y tu Sangre nos haces partícipes de la vida divina y nos concedes saborear anticipadamente la alegría de la vida eterna; te adoramos y te bendecimos. Postrados delante de ti, fuente y amante de la vida, realmente presente y vivo en medio de nosotros, te suplicamos:

Aviva en nosotros el respeto por toda vida humana naciente, haz que veamos en el fruto del seno materno la admirable obra del Creador; abre nuestro corazón a la generosa acogida de cada niño que se asoma a la vida.

Bendice a las familias, santifica la unión de los esposos, haz que su amor sea fecundo (...). (Benedicto XVI).

P.J.E.L.

